

PRESENTACIÓN DE LIBRO

FRANCO VENTURI, *UTOPIA Y REFORMA EN LA
ILUSTRACIÓN*. BUENOS AIRES: SIGLO XXI, 2014

Gian Paolo Romagnani (*Universidad de Verona, Italia*)

Fernando J. Devoto (*Universidad de Buenos Aires, Argentina*)

FRANCO VENTURI, *UTOPIA Y REFORMA EN LA ILUSTRACIÓN*. BUENOS AIRES: SIGLO XXI, 2014¹

Gian Paolo Romagnani*

Les agradezco al profesor Fernando Devoto, al Instituto Ravignani, a la doctora María Mazza y al *Istituto Italiano di Cultura* la invitación a Buenos Aires para presentar la primera edición en castellano de *Utopía y reforma en la Ilustración*, de Franco Venturi, en el centenario de su nacimiento. Estoy feliz de hacerlo no sólo porque finalmente se pone a disposición del público de habla española un clásico de la historiografía del siglo veinte, sino también porque esta circunstancia me permite recordar -veinte años después de su muerte- a un gran intelectual, un profesor extraordinario, uno de mis profesores en la Universidad de Turín.

Franco Venturi fue seguramente uno de los máximos especialistas a nivel mundial de la Ilustración y del “Setecientos reformador”. Venturi es muy conocido en Italia y en Europa, aunque lo es menos en los Estados Unidos y menos aún en el resto del continente americano. Sus trabajos –y en especial este pequeño libro– representan un hito para los estudios del siglo XVIII y seguramente la menor difusión del italiano ha obstaculizado la circulación de su obra, que sólo fue

¹ Presentación realizada en el Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires el 26 de agosto de 2014. Participaron Gian Paolo Romagnani, profesor de la Universidad de Verona, que fue alumno de Franco Venturi; Fernando Devoto, que redactó la introducción del libro; y Natalio Botana. Aquí se incluyen las exposiciones de los dos primeros.

Puede consultarse una reseña del libro en la sección correspondiente de este número de *PolHis*.

* Profesor Titular de Historia de la Historiografía en la Universidad de Verona y Director del Departamento *Culture e Civiltà*. Ha estudiado principalmente la historia política e intelectual de los siglos XVIII y XIX, la historia de la historiografía en la Edad Moderna y la historia de las minorías religiosas (protestantes y judíos) en Italia. Es autor, entre otros, de los volúmenes “*Fortemente moderati*”. *Intellettuali subalpini tra Sette e Ottocento* (Alejandría: 1999) y *La società di antico regime. Temi e problemi storiografici* (Roma: 2010).

parcialmente traducida al francés y al inglés. Esa circunstancia contrasta con el hecho de que el historiador turinés fue un auténtico cosmopolita, formado en París, profundo conocedor del mundo ruso, profesor invitado en Inglaterra y en los Estados Unidos; estuvo durante toda su vida en contacto con estudiosos de todo el mundo. Por lo demás, desde hace algunos años los estudios de historia política e intelectual sobre el siglo XVIII atraviesan aparentemente una profunda crisis y en particular las investigaciones sobre el reformismo –que dominaban el panorama académico, no solamente italiano, en los años de mi formación universitaria– parecen haber sido abandonadas o, en todo caso, resultan poco frecuentadas. Si bien hoy en día la investigación histórica sobre la edad moderna está orientada hacia otros temas (la historia de la disidencia religiosa, la historia cultural, la historia de las prácticas de lectura, la historia de las emociones, la historia global, etc.), la contribución de la obra de Venturi sigue siendo esencial.

Por eso me parece particularmente interesante reconstruir el recorrido que llevó en 1970 a la publicación (en italiano y en inglés) de *Utopía y reforma*, libro derivado de las cinco *Trevelyan Lectures* que Venturi había dictado en Cambridge a comienzos del año anterior, ese mismo año en que se publicó el primero de los siete volúmenes del *Settecento Riformatore*.

En primer lugar quisiera referirme al contexto histórico: los “años rojos”, a fines de los sesenta, inmediatamente después del “año de los estudiantes” (1968) y en vísperas del “otoño caliente” obrero (1969). Italia se hallaba inmersa en una gran agitación. Muchas universidades estaban tomadas por los estudiantes. Marchas y protestas recorrían las plazas, organizadas no sólo por los sindicatos obreros sino también por grupos de la extrema izquierda revolucionaria que reivindicaban cambios estructurales en la sociedad, mirando a Cuba, a Vietnam, a la China de Mao. Las reformas de los primeros gobiernos de centro-izquierda (la Democracia Cristiana y el Partido Socialista, con los comunistas y la

extrema derecha fascista en la oposición) demoraban en concretarse o bien parecían tímidas y limitadas. En diciembre de 1969, con la explosión de una bomba en el Banco de Agricultura de Milán, comenzó la así llamada “estrategia de la tensión”, que condujo a Italia a un fuerte viraje a la derecha y, como consecuencia de ello, a la terrible respuesta de las “Brigadas Rojas”, una serie de acciones terroristas que culminaron trágicamente en 1978 con el secuestro y el asesinato del líder de la Democracia Cristiana, Aldo Moro.

En este contexto, Venturi -que en los primeros meses de 1968 se encontraba todavía en los Estados Unidos- regresó a Italia. Como antiguo partisano de la Resistencia antifascista, Venturi vivió ese regreso con profundo malestar. El diálogo con los jóvenes, sus alumnos -que hasta ese momento había funcionado como un intercambio civilizado- pareció interrumpirse. Su constante reivindicación de los valores de la Resistencia antifascista era desacreditada con el argumento de que se trataba tan sólo de un artificio destinado a conservar el poder académico. A su vez, Venturi acusaba a los estudiantes de tener actitudes fascistas y de adoptar una posición extremista e infantil que lo único que hacía era alimentar la reacción de la derecha. Venturi confiaba en que los gobiernos de centro-izquierda retomarían el camino del reformismo. En efecto, el 30 de enero de 1970 le escribe a su amigo, el historiador y periodista Leo Valiani: “Esperamos sólo que el gobierno de centro-izquierda se forme. En caso contrario, policía, magistratura, etc., terminarán apoyando la respuesta reaccionaria. La estupidez de los muchachos del Movimiento estudiantil es increíble (...). Se enfrentan a todos los que quieren hacer algo y necesitan a la universidad. Quedan aislados y como consuelo rompen cristales”. Al extremismo estudiantil, a las reivindicaciones inconcluyentes y al revolucionarismo abstracto, Venturi trata de contraponer, lúcida pero vanamente, el espíritu de concreción típico del reformismo del Setecientos. Sin negar el carácter inspirador de los principios más radicales, Venturi optaba por priorizar las reformas que efectivamente se podían realizar. *Utopía y reforma...*, precisamente.

En su enfoque –que apelaba implícitamente no sólo al espíritu de la Ilustración, sino también a los programas políticos de los grupos de *Giustizia e Libertà* y luego del *Partito d’Azione* de los años 1943-1947– el empuje utópico es necesario pero tiene que traducirse luego en la capacidad de generar y efectuar reformas. De manera análoga, las reformas sólo podían tener éxito si estaban animadas por un espíritu utópico y un radicalismo tales como para prefigurar una visión realmente diferente de la sociedad y no sólo pequeñas correcciones de trayectoria. A los estudiantes Venturi les reprochaba entonces su utopismo abstracto e infructuoso, y a los hombres de gobierno la incapacidad de impulsar un reformismo de alcance más amplio. Desde esa perspectiva, *Utopía y reforma* puede entonces ser leído no sólo como un texto historiográfico sino también como un texto político. Un mensaje lanzado en una botella hacia el futuro y confiado a los que –en aquellos años difíciles– hubiesen podido entender sus implicaciones inesperadas.

El itinerario historiográfico que está detrás de este texto es conocido, pero merece la pena recordarlo. Terminada la guerra y disuelto el *Partito d’Azione*, en el cual Venturi había militado durante la Resistencia al fascismo, y concluida también la breve experiencia del diario *Italia Libera*, entre 1947 y 1950, Venturi se había trasladado a Moscú como agregado cultural de la embajada de Italia y había empezado allí sus estudios sobre la Rusia del siglo XIX. En 1951 había ganado su primer concurso académico y había ido a enseñar en la Universidad de Cagliari, en Cerdeña. Luego se trasladó a la Universidad de Génova y finalmente a Turín a partir de 1958. En 1953, al comienzo de su carrera académica, había participado en el XXXII Congreso de Historia del *Risorgimento*, que se realizó en Florencia, con una ponencia sobre “La circulación de las ideas en el siglo XVIII”. Aquel trabajo representa el proyecto de la investigación que lo condujo luego, entre 1958 y 1965, a dedicarse a publicar los principales textos de la Ilustración italiana en la colección *Illuministi italiani* de la editorial Ricciardi. En 1965 publicó con Einaudi una edición crítica de la obra de Cesare Beccaria *Dei delitti e delle pene*.

Ése fue un pasaje clave en su trayectoria de estudioso, como lo demuestra el capítulo sobre “El derecho a castigar” en el libro *Utopía y reforma*. Y finalmente en 1969 publicó el primero de los siete volúmenes de su obra maestra: *Settecento riformatore*.

La trayectoria de Venturi es comparable desde cierto punto de vista con la de Ludovico Antonio Muratori, quien publicó inicialmente la colección de fuentes de los *Rerum Italicarum Scriptores* y sólo después se enfrentó a su *Storia d'Italia*. Por su parte, Venturi trabajó primero con las fuentes, de a una, para luego llegar a la síntesis monumental de su obra sobre el Setecientos.

Utopía y reforma se coloca justo en el medio de ese recorrido y representa en cierto sentido su anuncio programático. Con un doble valor, como se ha dicho, historiográfico y político. Son cuatro -en mi opinión- las novedades historiográficas que trajo consigo el libro, novedades acogidas al comienzo como ideas contra corriente pero destinadas a afirmarse en el debate de los siguientes años. En primer lugar, la importancia del aporte inglés para el surgimiento de una cultura de la Ilustración. Venturi creía que era un error reducir la Ilustración sólo a su matriz francesa y defendía los orígenes o, por lo menos, la inspiración británica, ya sea en lo que concierne al pensamiento de los republicanos ingleses del siglo XVII y de los *free thinkers* o en lo que respecta a la influencia de las más conocidas obras de Voltaire, Montesquieu, Diderot y de la propia hazaña de la *Encyclopedie*, nacida como traducción francesa de la británica *Chambers' Cyclopaedia*. De ahí la imposibilidad, según Venturi, de reducir la Ilustración a las *Lumières* francesas y la necesidad, en cambio, de dirigir la mirada a los ilustrados y a los reformismos continentales no francófonos (el italiano en primer término, pero también el español, el austríaco, el alemán, el polaco y el ruso). En segundo lugar, Venturi pensaba que no era posible comprender la Ilustración sin considerar el lazo muy estrecho que existía entre utopía y reforma (es decir, entre pasión y razón) dentro del pensamiento de las Luces. El caso más emblemático era, desde esa

perspectiva, la obra de Cesare Beccaria, *Dei delitti e delle pene*, claramente inspirada en Rousseau y depositaria de una fuerte inspiración utópica, a pesar de haber sido leída esencialmente en clave reformadora. En consecuencia, la tercera novedad. Venturi subrayaba la ausencia de una relación mecánica entre Ilustración y reformas, recordando que hubo casos (como el francés) en los que la Ilustración no estuvo acompañada de reformas y otros, a la inversa, en los que las reformas se llevaron a cabo sin el impulso de un movimiento ilustrado (los casos austríaco, ruso o piemontés). Por eso, la necesidad de tomar en cuenta –más allá del pensamiento de los *philosophes*– sobre todo la tradición administrativa y de gestión de ministros, funcionarios, juristas, economistas, etc. Estos funcionarios eran a menudo poco brillantes y, lejos de las discusiones teóricas y filosóficas del momento, se hallaban abocados a la administración y a la solución de problemas concretos, pero no por eso menos importantes para entender las dinámicas de la acción política del siglo XVIII. El cuarto elemento propuesto por Venturi era la neta separación entre el momento de las reformas y el de la revolución. Para él la Revolución Francesa no había sido el desenlace necesario de la Ilustración: la revolución no era más que una de las posibilidades, pero no una necesidad histórica a partir de la cual juzgar todo el desarrollo del siglo XVIII.

Particularmente interesantes para encuadrar el libro de Venturi en el debate historiográfico de esos años son el primero y el último capítulo: es decir, la Introducción y el quinto capítulo, dedicado a trazar la cronología y la geografía de la Ilustración. En efecto, en la Introducción Venturi discute primero con la historiografía filosófica, luego con la historia social francesa y finalmente con el marxismo. Luego de haber tomado distancia de una historiografía filosófica demasiado comprometida en buscar los orígenes de las ideas y poco atenta a examinar la función concreta que tuvieron esas ideas en los procesos históricos (“Evidentemente, no debemos rastrear las ideas hasta sus orígenes, sino analizar su funcionamiento en la historia del siglo XVIII”), Venturi señalaba allí los límites de la historiografía de

matriz estructuralista que “comienza por la sociedad, no por las ideas; por los grupos, no por los individuos; por las mentalidades difundidas, no por los elementos del pensamiento”, que “emplea las técnicas de la sociología y la historia económica”. Discutía en este caso con el historiador francés Daniel Roche y su tesis sobre las academias de provincia, cuya elaborada metodología estadística aplicada a los fenómenos culturales le parecía a Venturi propia de quien “está empleando un ciclotrón para abrir una nuez”. Otro de sus blancos a la hora de debatir era cierto marxismo que “no intenta comprender el contenido, los orígenes y el desarrollo de la Ilustración de manera tal que contribuya a explicar al marxismo” sino que “intenta la operación contraria: explicar la Ilustración a la luz de los escritos y las opiniones de Marx, Engels y su escuela”. “Esta aseveración” –escribe Venturi haciendo explícita su polémica antimarxista– “se funda en la creencia de que los pensadores de la Ilustración representan una etapa en la evolución de la ideología burguesa. Estoy convencido de que esta definición es uno de los principales obstáculos para una comprensión más fecunda del siglo XVIII”. Hoy en día esa afirmación podría ser compartida por muchos, pero en la Italia del post-1968 la misma pesaba como una losa. En el capítulo final, en cambio, Venturi no debate sino que dialoga con dos grandes estudiosos de disciplinas diferentes que la suya. Implícitamente con el historiador Carlo Dionisotti, coetáneo y amigo suyo, profesor en Londres de literatura italiana y autor de una famosa *Geografia e storia della letteratura italiana* (1967). Explícitamente con el historiador francés Ernest Labrousse, estudioso de los precios, de quien Venturi adopta el esquema de periodización en cinco fases para describir el desarrollo de la Ilustración. Puede parecer raro que un historiador de las ideas sugiriera cotejar la historia política e intelectual del Setecientos con el esquema histórico-económico propuesto por Labrousse en 1933. La reacción de Venturi, dura pero eficaz –como reconocería tiempo después el propio Daniel Roche– contra la aplicación de modelos estadísticos en la historia de la cultura y contra la reducción de las influencias culturales a percentuales era compartida en los mismos años por dos grandes

historiadores italianos –Giorgio Spini y Furio Diaz–, ambos miembros del comité editorial de la *Rivista Storica Italiana* dirigida por Venturi y tenazmente comprometidos con la defensa de la historia política. No explicitado, pero evidente, resulta también el diálogo que mantiene a distancia con el polaco (naturalizado suizo) Bronislaw Baczko, gran estudioso del pensamiento utópico del setecientos, cuyo libro revelación *Lumières de l'utopie*, publicado en 1978, contenía múltiples referencias a Venturi. Muchos años después, en 2004, el propio Baczko evocó magistralmente el auténtico espíritu de la obra del historiador turinés escribiendo: “Venturi descubre dos figuras históricas que le servirían como hilo conductor: el utopista y el reformador. Otros tantos tipos ideales: en realidad, los utopistas son un poco reformadores y los reformadores no desdeñan la utopía”.

Quisiera concluir con un testimonio personal, habiendo sido uno de los últimos alumnos de Franco Venturi en la universidad de Turín, entre finales de los años setenta y primeros años de los ochenta. Luego del '68 pero sobre todo en sus últimos años de enseñanza, Venturi exhibía de manera un poco provocativa y en contraste con el clima político-cultural que lo circundaba su matriz croceana, su fuerte anticomunismo, su antipatía hacia los movimientos estudiantiles, su desconfianza hacia la historia social francesa, hasta el punto de rechazar la institución de una cátedra de “historia social” para Giovanni Levi con el argumentoo de que “la historia social no existe, la historia es sin aditivos”. En esos años en el Departamento de Historia el debate era animadísimo y tenía como protagonistas, de un lado al setentón Franco Venturi y del otro al cuarentón Giovanni Levi (que había sido alumno de Venturi), cada uno con sus respectivas escuelas. Macrohistoriadores contra microhistoriadores, historiadores de las ideas versus historiadores sociales. Más allá de las notables diferencias ideológicas que los separaban, había una curiosa convergencia entre los católicos progresistas y los exponentes de la extrema izquierda marxista, ambos más interesados en la dimensión “social” que en la política y el estado, en lo “micro” más que en lo “macro”, en las “resistencias” más que en las

continuidades, en la confrontación con la antropología geertziana, en las sugerencias de la historia oral, según las indicaciones de la Escuela de *Annales*: larga duración, historia de la civilización material, historia de las mentalidades, más que historia de las ideas. Paralelamente, pero en la vereda de enfrente, coincidían los investigadores cercanos a los partidos tradicionales de la izquierda socialista y comunista por un lado, y los estudiosos ligados al área laica y liberal por el otro. Todos ellos se encontraban mucho más atentos a la dimensión política y estatal, a las dinámicas de los grupos dirigentes y de las élites y a la historia intelectual, y a la confrontación, más que con el antropología, con la sociología, con la historia de las doctrinas políticas, con el derecho y con la ciencia de la administración. La historia de la plena Edad Moderna, de la Reforma y de la Contrarreforma, del “Setecientos reformador” y del *Risorgimento* italiano eran terreno privilegiado de investigación para los que querían entender las razones del fracaso del reformismo de los gobiernos italianos de centroizquierda o para los que perseguían una idea de reforma desde adentro de las instituciones (escuela, universidad, administración pública). En la actualidad esas contraposiciones han sido ampliamente superadas y hace tiempo que cada uno de los dos frentes supo reconocer el valor de los estímulos metodológicos presentes en las investigaciones de sus antiguos contendientes. *Utopía y reforma* es unánimemente considerado un clásico. Por eso no creo que se pueda archivar demasiado fácilmente el así llamado “modelo venturiano”. El hecho de que estemos aquí hablando acerca del libro –cuarenta y cuatro años después de su publicación y veinte después de la muerte de su autor– así lo confirma.

Fernando J. Devoto *

* Profesor Titular de Teoría e Historia de la Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y Consultor del Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de la Universidad Nacional de San Martín. Estudiosos de la historia de las

Antes de comenzar mi intervención, que será más breve y menos exhaustiva que la del Profesor Romagnani, porque ya he escrito una demasiado larga introducción al libro que hoy comentamos y a la que remito a los lectores interesados, quisiera agradecer a los que hicieron posible tanto que el libro esté a disposición del público como que hoy lo presentemos aquí. Mis agradecimientos van, en primer lugar, a Luis Alberto Romero, que decidió incluir *Utopía y Reforma en la Ilustración* en esa magnífica colección, “Historia y Cultura”, que él dirige y que tantos “clásicos” de la historiografía del siglo XX ha editado ya, desde E. P. Thompson a George Mosse, de Carl Schorske a Maurice Agulhon, entre otros. Agradecimiento que se hace extensivo a la misma Editorial Siglo XXI, que continúa hoy con su ya larga tradición de enriquecer a la cultura hispanoamericana. A ambos, entonces, Director y Editorial mi –nuestro– agradecimiento por intentar sostener en Argentina una perspectiva que fue muy de Franco Venturi: que las ideas y los libros todavía pueden ayudarnos a comprender el mundo y a mejorarlo. Una idea muy iluminista, por lo demás. Hago extensivo mi agradecimiento al *Istituto Italiano di Cultura* y a su Directora, María Mazza, por haber apoyado esta iniciativa y permitido que el libro se presentase en esta sala que tan emblemáticamente se llama Benedetto Croce. Finalmente, mi agradecimiento también a Gian Paolo Romagnani y a Natalio Botana por haber aceptado presentar esta obra.

Terminado el capítulo de gracias, henos aquí con este evento algo misterioso que es la presentación de un libro que reúne a aquellos que lo hemos leído, los presentadores, y aquellos que no, la mayoría del público. Lo que creo que una presentación debe lograr es que aquellos que están del otro lado se interesen por el libro y ojalá lo

migraciones internacionales, de la historia de las ideas y los movimientos políticos contemporáneos y de la historia de la historiografía, ha publicado entre otros libros *Argentina-Brasil. Un ensayo de Historia comparada* (Buenos Aires: 2008, con B. Fausto), *Historia de la historiografía argentina* (Buenos Aires: 2009, con N. Pagano) y *El país del primer centenario* (Buenos Aires: 2010).

lean. Lo que se puede, pues, hacer inicialmente es recomendar esa lectura y brindar algunas buenas razones para ello. Todo libro puede pensarse de muchos modos; el historiador al hacerlo suele reflexionar en torno a diferentes dimensiones: el autor, los momentos de producción y de recepción, la obra y las interpretaciones que contiene. Como ya han escuchado, este libro, editado en 1970, reúne las conferencias que Franco Venturi brindó el año anterior en la Universidad de Cambridge, en el marco de las prestigiosas *George Trevelyan Lectures*, ante un público de especialistas más o menos jóvenes (entre estos últimos estaba, por ejemplo, John Pocock). Franco Venturi tenía por entonces unos 55 años, una vida interesantísima detrás suyo y una carrera académica muy prestigiosa en Italia y fuera de ella como estudioso de la Ilustración italiana y europea y del populismo ruso. Este pequeño libro a su modo resumía más de treinta años de estudio sobre el argumento y a la vez abría un no menos vasto programa que lo ocuparía durante veinte años más. Al pensar en un autor en relación con su obra partimos de admitir que no podemos entender una sin el otro y que la proclamada “muerte del autor” (es decir que las obras deben entenderse en sí mismas, independientemente de quien las produjo, como si detrás de todo producto humano no hubiera hombres o mujeres concretos que acumularon experiencias que de un modo u otro volcaron en su hacer) es una frase ingeniosa pero, creo, poco esclarecedora. Si entonces debemos pensar en el autor, al hacerlo no sabemos bien si es más importante para iluminarla su vida intelectual y política o su formación historiográfica, su experiencia del mundo o sus lecturas sobre el mundo. Las dos, se dirá, y es cierto, pero en el caso de Franco Venturi -no quizás en otros- creo que debemos empezar por su vida y por su tiempo.

Y ello es así porque Venturi se formó en una época en tantos aspectos infeliz para los que tuvieron que vivirla como paralelamente tan rica en experiencias devastadoras: los fascismos, los exilios, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría. Época de grandes historiadores sometidos a la tormenta del mundo. Ciertamente, muchos de los

historiadores de esos tiempos convulsionados -la mayoría- lograron llevar una vida bastante apacible y rutinaria siguiendo una carrera académica regular, eludiendo aquellas dimensiones más problemáticas de la época que les tocó vivir. Digamos rápido que no fue el caso de Venturi. Ante la consolidación del fascismo en Italia, muy joven, decidió exiliarse tras los pasos de su padre en París y militar allí activamente en el antifascismo. Luego la debacle francesa lo obligó a partir de nuevo. Primero la prisión en España, luego el confinamiento en el sur de Italia, no debilitaron las convicciones de Venturi, activo militante en el antifascismo primero y en la política de Italia de la inmediata segunda posguerra después. Y aunque luego ya no volcaría sus esfuerzos en la política directa, sí lo haría en las batallas culturales y en especial en aquellas historiográficas. Desde luego que al analizar la vida pública de Venturi no debería buscarse ni una trayectoria lineal ni otra inmutable. No lineal porque también en ella intervino la contingencia o el azar. Por ejemplo, así ocurrió en un momento decisivo, antes aludido brevemente, cuando luego de la derrota francesa y tras haberse refugiado temporalmente en Marsella intentó alcanzar, a través de la península ibérica, los Estados Unidos, donde se hallaba su padre Lionello. Como es sabido y se acaba de señalar, fue detenido por las autoridades franquistas y luego de unos meses deportado a la Italia fascista. Lo cierto es que Venturi fracasó en el intento de exiliarse en los Estados Unidos, allí donde otros que siguieron un itinerario muy semejante (aunque con mejores conexiones) lo lograron. Tal el caso de Albert Hirschman, que relata la historia en su *Passaggi di frontiera*. Trayectoria no inmutable porque, como señalara Bronislaw Baczko, Venturi era un historiador demasiado grande para encerrarse solamente en el pasado. Estaba siempre abierto a cada época con sus ilusiones y sus esperanzas. Tampoco se debe buscar una correspondencia lineal automática entre esas pasiones políticas y su obra como historiador. Ante todo porque, como alguna vez afirmó en un estudio sobre Jean Jaurès, la línea recta es muy poco conveniente para la comprensión histórica.

En esas batallas Venturi parece haberse forjado una idea fuerte acerca del papel de los intelectuales y de su importancia en los conflictos de su tiempo. Por eso cuando abrimos esta historia de la Ilustración vemos que allí están en su centro otros hombres que en el siglo XVIII se empeñaban en batallas semejantes contra el conformismo, el despotismo y el oscurantismo. Como dijo una vez, siempre se trata de la relación entre “hombres y cosas”, entre la acción individual y las fuerzas colectivas. Hombres no de puras ideas, de simples bibliotecas, como no lo era él, sino hombres que pensaban y escribían para la acción. Y aunque la experiencia de vida del mismo Venturi, fracasada una y otra vez en su proyectualidad política, podía haberlo llevado a un escepticismo hacia la capacidad de esas minorías activas en las transformaciones de la sociedad, siguió creyendo en ellas. No le importaban, quizás, tanto sus resultados como sus proyectos, sus propuestas. A su modo el mito de Sísifo, intentar llevar una y otra vez esa piedra hasta la cima de la montaña, mito del esfuerzo incesante de los humanos contra la adversidad. Empero esa vida suya, que era la de los exiliados que debían desplazarse de un país a otro de Europa, parece sugerirnos también esa circulación de personas y de ideas en el siglo XVIII al que consagró sus afanes. Y todavía otra idea, que había sido de Carlo Rosselli: que los problemas de Europa debían ser pensados en forma unitaria ya que sus soluciones también lo eran. Idea que está en la base de la aproximación de Venturi a la Ilustración: un tema y un problema europeo, no de cada país en particular.

Cierto, esas experiencias pueden estar en los impulsos que llevaron a Venturi hacia su tema y hacia la forma de abordarlo, pueden ser esos valores que están siempre en el inicio de una buena investigación histórica que no sea simplemente orientada por la curiosidad erudita, sin propósito y sin motivo, que tanto abunda en la academia. Pero si están en el inicio y pueden explicar por qué alguien se decide a escribir libros de historia no sirven para explicar su resultado. Y aquí hay que introducir no ya al intelectual o al político sino al historiador. Y Venturi fue un gran historiador, ante todo porque era también un

gran erudito y, como decía el viejo Ruggiero Romano, esta profesión es en un 90% esfuerzo, mientras mostraba una imagen de unos remeros forzados en una nave fenicia, si no recuerdo mal, que adornaba el escritorio en su casa parisina de Boulevard Raspail (lo que era un eco de una frase similar pronunciada por Benedetto Croce).

Lo fue también porque era culto e inteligente y porque conocía el oficio del historiador, y ello lo llevó a eludir uno de los males de la historiografía en el siglo XX: la historia que en un tiempo se llamaba partidista y en otro militante. Porque admitiendo todos los peligros y los desafíos que cada presente pone al historiador y en especial las mutaciones de las perspectivas ideológicas, sostuvo que la historiografía, que vive en el medio de ellas, debe luchar para no convertirse ella misma en una ideología. Así, siempre supo discriminar entre los impulsos que deben orientar una investigación y los resultados de la misma, que están sometidos a otras lógicas y pensados en y para otra temporalidad. El historiador no puede eludir su tiempo y su situación pero debe esforzarse por pensar a partir de ella, más allá de ella. En suma: la diferencia entre perspectivismo y partidismo.

Aunque la afirmación suene perentoria, puede defenderse que grandes historiadores fueron aquellos que lograron colocar sus impulsos en el origen de su investigación pero que luego se preocuparon por domesticarlos en el transcurso de ella. Grandes porque tenían impulsos vitales pero grandes también porque pudieron trascenderlos y al hacerlo dejaron obras que no estaban destinadas, como decía uno de los padres fundadores, Tucídides, “para la farsa de un instante” sino para un tiempo más largo y para un lector más exigente.

Utopía y reforma en la Ilustración es un libro que mira su tema desde una perspectiva y que al hacerlo organiza la lectura de la misma desde ciertos ejes. No le interesan a Venturi las ideas puras ni los sistemas de los filósofos ni el estéril “torneo de las ideas”, como

decía Lucien Febvre, sino esas ideas en tanto que proyectos para la acción. Ideas formuladas por personas concretas en su hacer concreto. No las formas de una ciudad celeste sino las de una ciudad bien terrestre. Tampoco le interesaba mucho la concreta difusión de esas ideas en la cotidianeidad de las personas corrientes. Para él, como lo fue para *Giustizia e Libertà* o para el *Partito d'Azione* en los que militó, la política se explicaba mucho más por las acciones y las iniciativas de esas minorías activas que agitaban permanentemente las aguas. Bien podría decirse que creía, quizás demasiado, en la capacidad transformadora de ellas y poco en las resistencias que los contextos ponen a la voluntad de los hombres. O, mejor, que le interesaba más lo que Humboldt llamaba las fuerzas motrices de la historia que lo que denominaba las fuerzas mecánicas.

En relación con ese gran proyecto de reforma de la sociedad que propusieron los pensadores del siglo XVIII, Venturi trató de mantener una ambivalencia comprensiva hacia las dos grandes estrategias que surcaron a la Ilustración: la de los utopistas revolucionarios y la de los más moderados reformadores. La de aquellos que en el fondo querían cambiar la sociedad y la de aquellos que más prudentemente trataban de modernizar las instituciones. No quiso laudarse entre ellos sino más bien ver las oscilaciones entre ambos.

La rehabilitación de la Ilustración como una suma de proyectos que en su mayoría estaban destinados a no realizarse es el gran legado de toda la obra de Venturi sobre el siglo XVIII, como lo fue también aquella otra sobre esos también perdedores, los populistas rusos. Perdedores porque no estaban destinados a lograr sus objetivos - aunque sus ideas sobrevivirían transformadas en otros contextos posteriores- pero también quizás porque así lo percibieron en sus tiempos mayores, dominados como estuvieron por un pesimismo, a veces amargo, a veces sereno o irónico. He ahí el Diderot al que tanto admiraba o el Voltaire al que estimaba menos. El *Cándido* de este último, un ejemplar resumen de esa actitud. Pero también puede asociarse con ello cierta impotencia de los reformadores que en el

sur de Europa lidiaban a brazo partido para cambiar desde adentro las instituciones y la sociedad: un Genovesi en Nápoles, obligado al final a todo tipo de mediaciones y concesiones; un Beccaria, que tanto le interesaba a Venturi, que decidió abandonar el escenario europeo y consumir sus últimos años en Milán, casi ignorado por sus conciudadanos.

Se dirá demasiado rápidamente que ahí estaba al final la Revolución Francesa para llevar adelante tantas ideas formuladas en el siglo XVIII pero, como Venturi mostró bien, ella no podía ser vista como la hija legítima y necesaria de los pensadores ilustrados. Y sin embargo ahí estaba y estaba también la Ilustración para recordar una época plena de nuevas ideas, no todas admirables, que en parte fructificarían más tarde y en parte son un archivo o una memoria de esperanzas a cumplir. Al dedicarse a la Ilustración como tema y como problema Venturi rompía una lanza contra una tradición cultural italiana que a sus ojos seguía aprisionada en la herencia historicista de matriz romántica. La Ilustración era así para él la vía para repensar la historia de Italia y su historiografía, desprovincializarla y abrirla a Europa. Era una lanza que incluía entre sus objetivos indirectamente a Benedetto Croce, uno de los que más había hecho a principios del siglo XX para difundir esa imagen de un Iluminismo demasiado amante de las abstracciones, de las ahistóricas “luces de la razón”, acerca de las que le gustaba ironizar. No hay sin embargo que esquematizar. Venturi supo escribir también sobre los populistas y Croce matizar y reformular en los años treinta, ante la realidad del fascismo, su visión de la Ilustración. Por lo demás, al mismo Venturi en sus últimos años, ante las novedades de la historiografía que había traído el ‘68, le gustaba con afán polémico recordar a menudo a don Benedetto y filiarse en él, quizás porque en el fondo su mirada era una variante realista de la “historia ético-política”.

La mención del ‘68 me lleva al último punto: el momento de aparición del libro. Eran los tiempos de la contestación estudiantil de esos años de formidables convulsiones en las sociedades europeas, en las

universidades y también en la historiografía. Esos años en torno a “el ‘68” en los cuales tras más de dos décadas de prosperidad una generación de jóvenes hijos de ella, en especial de sus clases medias, iban a poner en cuestión muchos de los principios o creencias sobre los que reposaban esas sociedades, sus instituciones y sus tradiciones políticas. Bien sabemos que esos movimientos no lograron sus objetivos explícitos, suponiendo que los tuviesen, pero sí introdujeron drásticos cambios en las costumbres, en la cultura, en las ideas y, por supuesto en la historiografía. Venturi no quiso llegar a ningún pacto con ellos. Todo eso no le parecía serio. ¿Lo era? Considerar que los gobiernos del centro-*sinistra* en Italia eran una nueva versión del fascismo contra el que había combatido tan denodadamente debía parecerle casi grotesco. Debo decir que creo, mirado desde la Argentina de entonces, que tenía razón. ¿Y qué podía pensar de las nuevas costumbres y estilos, algo hedonistas él, que fuera llamado “el calvinista del *Partito d’Azione*”? Todo debía parecerle un nuevo e inesperado ataque contra la razón y la “Ilustración”.

No quisiera dilucidar aquí esa cuestión ni siquiera en términos historiográficos. Solamente diría como conclusión que aquí estamos hoy recordando a Venturi y hemos olvidado buena parte de la producción de aquellos años y desde luego a aquella panfletaria que tanto proliferó por allá y también por acá.

Si tantas ideas de la Ilustración iban a reverberar muchas veces en los dos siglos posteriores, también lo haría la obra de Venturi y de sus coetáneos. Las perspectivas de corto plazo nunca son buenos caleidoscopios. Si algo puede enseñarnos el estudio de la historia es que todo cambia y que aquellos que han negado a sus maestros serán negados por sus discípulos. Y que en ese movimiento incesante muchas veces se vuelve hacia atrás, hacia los trabajos de aquellos que, como Venturi, dejaron una obra fundamental, tan sólida como inteligente, que obliga a volver a pensar en ella desde otras preguntas. ¿No es ese el destino de los clásicos?

Desde luego que hoy podemos preguntarnos si puede sostenerse una imagen unitaria del Iluminismo como la que propone Venturi o si el mismo se ha fragmentado en una gran familia de Iluminismos o en movimientos que son nacionales en sus raíces y sus características, y que ello nos da una imagen menos rupturista de la Ilustración. Podemos también preguntarnos acerca de las creencias de las personas corrientes y cuán lejos ellas estaban de ese vasto movimiento de ideas que afectaba apenas a los espacios urbanos y dentro de ellas a las inquietas minorías de lectores y activistas. Podemos seguir a Pocock en su argumentación acerca de que Venturi no incluye en el libro todas las variantes posibles de la Ilustración y que falta en su cuadro, por ejemplo, lo que él llama Iluminismo inglés, conservador, eclesiástico, protestante. Ciertamente, aunque como el mismo Pocock admite, ese no era un Iluminismo reformador (y agregaríamos que menos aún utópico). Podemos también pensar en aquellos aspectos del Iluminismo que en sus utopías imaginaban la posibilidad de diseñar las sociedades desde arriba o desde el estado y las peligrosas implicancias que esas nociones recontextualizadas tendrían en algunos experimentos políticos contemporáneos. No deberíamos sin embargo caer en el anacronismo y sí, en cambio, restituir, como hizo Venturi, a los pensadores del siglo XVIII a su propio siglo; y tampoco deberíamos olvidar todo aquello que esos pensadores ilustrados abrieron y en cuyo horizonte de posibilidades estamos todavía nosotros insertos, dígase lo que se diga, trajinando para comprender el mundo, ya que no para transformarlo.